

JOSÉ SÁNCHEZ PAREDES y MARCO CURATOLA PETROCCHI
Editores



Capítulo 22



LOS ROSTROS DE LA TIERRA ENCANTADA

Religión, evangelización y sincretismo en el Nuevo Mundo

Homenaje a Manuel Marzal, S.J.

Los rostros de la tierra encantada: religión, evangelización y sincretismo en el Nuevo Mundo. Homenaje a Manuel Marzal, S.J.

José Sánchez Paredes, Marco Curatola Petrocchi, editores

© José Sánchez Paredes, Marco Curatola Petrocchi, editores

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2013

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

© Instituto Francés de Estudios Andinos, UMIFRE 17, CNRS-MAE

Av. Arequipa 4500, Lima 18, Perú

Teléfono: (51 1) 447-6070

Fax: (51 1) 445-7650

postmaster@ifea.org.pe

www.ifeanet.org

Este volumen corresponde al tomo 304 de la Colección «Travaux de l'Institut Français d'Études Andines» (ISSN 0768-424X)

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Primera edición, junio de 2013

Tiraje: 600 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-612-4146-35-0

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2013-06874

Registro de Proyecto Editorial: 31501361300246

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

«HACIÉNDOSE TODAS LENGUAS EN ALABANZA DEL PRÍNCIPE»: EL TEATRO ESCOLAR JESUITA Y LOS RECIBIMIENTOS DE VIRREYES EN LIMA (1570-1700)

Pedro Guibovich Pérez

Pontificia Universidad Católica del Perú

En los primeros días de noviembre de 1583, profesores y estudiantes del recién fundado colegio jesuita de San Martín, en Lima, se encontraban en un incesante ir y venir, preparando la festividad de su santo patrón. El día de la fiesta, el 11 de noviembre, se realizaron vísperas solemnes, sermón y misa cantada. Para tal ocasión fue especialmente invitado Martín Enríquez de Almansa, virrey del Perú y protector del colegio. Antes de la misa, cuatro niños colegiales recitaron en presencia del gobernante cuatro oraciones breves en verso y prosa latina, «haciendo el debido reconocimiento al virrey de su nombre, que como astro de tan benigno aspecto y favorables influencias había fomentado aquel colegio real» (Barrasa, c.1674: f.287).

La realización de representaciones teatrales para cumplimentar la visita de las autoridades civiles y eclesiásticas fue una práctica bastante empleada por los jesuitas en sus colegios de América y Europa¹. Ciertamente fue una de las oportunidades más propicias para llevar a cabo teatro, otras fueron las celebraciones de la iglesia tales como la beatificación o canonización de miembros de la Compañía, la celebración del *Corpus Christi* o de la octava del Santísimo Sacramento y las fiestas de santos. Dada la imposibilidad de tratar los diferentes tipos de representaciones teatrales practicadas por los estudiantes jesuitas así como de todas las circunstancias en que se realizaban, he preferido en esta oportunidad tan solo tratar sobre aquellas llevadas a cabo con ocasión del recibimiento de los virreyes en los colegios Máximo de San Pablo y de San Martín en Lima. Se trata de una aproximación inicial

¹ Acerca de las representaciones teatrales y otros actos académicos realizados en el Colegio Imperial de Madrid con ocasión de la visita de los miembros de la familia real durante el siglo XVII, véase Simón Díaz (1952-1955 y 1987).

a un aspecto de la cultura colonial no suficientemente estudiado y que permite explorar los usos del teatro como expresión política².

Como otros elementos de la pedagogía escolar jesuita, el empleo del teatro no fue algo original de la Compañía de Jesús. Las escuelas luteranas así como algunas públicas en Europa habían precedido a los jesuitas en el empleo del escenario con propósitos didácticos. También las grandes universidades tenían una larga tradición en el empleo del drama y su afición por este no había disminuido a pesar de la promulgación de algunas medidas represivas. Aun cuando existían opiniones contrarias sobre la moralidad de la actividad teatral, los jesuitas juzgaron el empleo de las representaciones dramáticas como algo bueno de mantenerse siempre y cuando estuviera bajo control. En las escuelas jesuitas de Europa y América el teatro se convirtió en un ejercicio pedagógico y un importante vínculo entre la orden y la sociedad.

Gran día era siempre para la ciudad de Lima la entrada del nuevo virrey. Espectáculo colectivo, manifestación de fidelidad áulica, al mismo tiempo constituía un pretexto para el lucimiento social. Entonces se exhibían las insignias y los símbolos con que magistrados, eclesiásticos, funcionarios y colegiales satisfacían su vanidad y sed de figuración. Para acontecimiento tan importante se reservaban o alistaban las mejores galas y vestidos. Los cortejos del virrey y de la virreina solían ser lucidos y pomposos. Elementos importantes del ritual eran la construcción del arco y la recepción en la universidad. Esta última consistía usualmente de dos partes: la convocatoria del certamen poético y la ceremonia de recibimiento en el seno del claustro académico. También formaban parte de los festejos al nuevo virrey las corridas de toros, los fuegos artificiales y las ceremonias litúrgicas, que saturaban la atmósfera con un aire festivo (Bromley, 1953).

En este ritual de recibimiento a los virreyes, los jesuitas de los colegios limeños de San Pablo y San Martín se hicieron de un espacio desde una época temprana. A partir de nuestras fuentes se puede documentar que los jesuitas organizaron festejos en honor de los gobernantes desde 1569, esto es al año siguiente de su llegada al Perú, y a lo largo del siglo XVII. Consta asimismo que, al menos desde 1585, tales festejos —de modo similar a los organizados por la universidad—, consistían de dos partes. De acuerdo con el testimonio del jesuita limeño Jacinto Barrasa, los virreyes poco tiempo después de su llegada solían acudir a San Pablo para retribuir la visita protocolar tiempo antes hecha por los jesuitas. El día de la visita del virrey se adornaba el primer claustro del colegio, con tarjas, sobredoseles de terciopelo y damascos, y se colgaban poesías en latín, español, aymara, quechua y, a veces,

² Una versión preliminar de este texto fue leída en «Los rostros del barroco: sociedad y cultura en el Perú virreinal (1600-1720)», V Jornadas de estudio sobre pensamiento, cultura y sociedad colonial (El Pueblo, Santa Clara 10-13 de noviembre de 2001).

en griego y hebreo, «haciéndose todas lenguas en alabanza del Príncipe, de sus acciones y ascendencia». Luego de recorrer el patio decorado, el virrey pasaba a la capilla, donde un maestro de retórica o filosofía le daba la bienvenida con la lectura de «una elegante oración o discreto panegírico». Esta ceremonia, afirma Barrasa, era la «primera y menos solemne, guardándose para la segunda y más aparatosa a los tres o quatro meses el coloquio o tragicomedia», que se representaba no solo ante el virrey y la audiencia, sino «ante todo lo noble y lucido de esta corte» (Barrasa, c.1674: f.141r.). Era, pues, la representación teatral la parte más importante del recibimiento del virrey.

En 1569 los estudiantes de Colegio de San Pablo recibieron al virrey Francisco de Toledo con una representación del combate entre el trabajo y el vicio. El sucesor de Toledo, Martín Enríquez de Almansa, fue agasajado con un coloquio basado en la parábola del rico Epulón y Lázaro. A Luis de Velasco se le representó la «Historia del Antecristo y Juicio Final» y al Conde de Villar don Pardo, la vida de San Paulino, obispo de Nola. No obstante las censuras de algunos superiores de la orden, las representaciones se suceden en el siglo XVII. Al Príncipe de Esquilache se le ofreció la comedia de la vida de San Eustaquio. Por su parte, el Colegio de San Martín recibió primero al Marqués de Montesclaros con el coloquio de «Joseph Antiguo Patriarca», y más tarde al Conde Salvatierra y al Conde de Castelar con la comedia el «Fénix de nuestra España, San Francisco de Borja».

Las obras compuestas para ocasiones tan especiales, como eran los recibimientos de la máxima autoridad política del virreinato, solían requerir de una tramoya sorprendente y de varios días para su realización. Las complejas escenografías eran necesarias para poder representar milagros, sucesos sobrenaturales y alegorías religiosas. El cronista Joseph de Mugaburu, quien al parecer presenció en 1674 la representación de «El Fénix de las Españas, San Francisco de Borja» en San Martín, escribió que «empezó esta comedia a representar a las cinco de la tarde y se acabó a las once de la noche por las muchas apariencias que tuvo» (Mugaburu 1938, I, p. 178). En ciertas ocasiones el escenario empleaba telones de fondo y bambalinas pintados que creaban la ilusión de profundidad y perspectiva, elementos que las *Cartas Annuas* reclamaban fueron introducidos por los jesuitas en Lima³.

En el virreinato peruano, pero en particular en Lima, los jesuitas hicieron uso de decorados, ricos vestidos, joyas y música para impresionar al público.

³ Con ocasión de la inauguración de la iglesia de Nuestra Señora de Desamparados en Lima, en 1672, se representó por los pajes del virrey Conde de Lemos y estudiantes de los jesuitas en el patio de palacio la comedia el Arca de Noé, que «fue la primera obra que se vio en estos reynos de perspectivas y música recitativa. No se reparó en gasto porque saliese con perfección» (University of Missouri. Pious XII Library. Archivo. «Letras Annuas de la provincia del Perú de la Compañía de Jesús desde el año de 1667 asta el de 1674 inclusivo», f.211v. Agradezco a Marisol Barbón por la obtención de una copia de este documento).

El padre Sebastián Amador refiere que con ocasión de la recepción del virrey Toledo en el colegio de San Pablo, el 8 de diciembre de 1569, fiesta de la Concepción, para la obra

[...]fue el aparato tanto con que esto se hizo, no solamente en los vestidos ricos y diversos que sacavan los niños representantes, pero en lo grave y decente desenvoltura con que cada uno dezía sus dichos, unas veces en latín, otras en romance, unos dichos en verso latino, otros en prosa, que no avía más que pedir [...].

Y añade el mismo cronista,

[...]estava el lugar de la representación en tan buen puesto y muy ricamente adornado con sedas, cubierto todo de diversos colores. El patio todo y la iglesia muy bien adereçado con sedas muchas y tapicerías, donde estavan fijados muchos epigramas en diversos géneros de versos, muchos sonetos, otavas, rimas, enigmas y otros dichos muy agudos a propósito de la venida de su excelencia. Avía diversos personajes en diversas partes puestos, muy al vivo y ricamente vestidos. Dava a todo mucho ser los diferentes motetes que con muy buena música se cantaban entre acto y acto. Estuvo todo tan a propósito, y agradó tanto al señor visorrey, que dezía no aver visto cosa semejante, aunque avía visto muchas en la corte y muy buenas: pero no se puede dezir la riqueza que allí se vio aquél día de sedas, brocado, oro, piedras y otras joyas de mucho valor (Egaña, 1954-1981, I, p. 352).

En la búsqueda de realismo, los jesuitas acudían a recursos escenográficos sorprendentes e inesperados. En el «coloquio» la «Historia del Antichristo y Juicio Final», preparado en la recepción del virrey Luis de Velasco en 1599, los jesuitas de San Pablo para «representar más al propio la resurrección de los muertos», emplearon esqueletos y momias de indios «enteros y secos» procedentes de tumbas de los alrededores de Lima. En un momento de la representación, cuando la trompeta del ángel sonó, momias y esqueletos emergieron en cada esquina del escenario respondiendo al llamado del Juicio Final. El efecto de estas macabras apariciones, dice el padre Bernabé Cobo, «causó notable espanto a cuantos nos hallamos presentes» (Cobo, 1956, II, pp. 272-273).

Algunas veces las dramatizaciones demandaban más de un día. En la representación del «Antiguo patriarca José», realizada con ocasión de la recepción del virrey Marqués de Montesclaros, dice un cronista contemporáneo que

[...]el primer día se representaron los trabajos y cárceles de Joseph y duró seis horas y media; el segundo el triunfo y gobierno de Egipto y duró ocho y tan largo espacio pareció de sólo tres horas porque la variedad de cosas, gracia y propiedad de los personajes, el adorno y aderezo con que salían, los entretenimientos trabados con la obra, suspendieron grandemente (Vargas Ugarte, 1974, p. 37).

El vestuario fue muy rico y costoso, el carro triunfal de José, todo de plata, fue arrastrado por cuatro grifos con un acompañamiento de más de 70 personajes (Vargas Ugarte, 1974). Asimismo el coloquio de «San Eustachio, sus hijos y muger mártires» con el que el Colegio de San Pablo recibió a Francisco de Borja y Aragón, Príncipe de Esquilache, tomó dos días. El realizado para el Marqués de Guadalcazar se prolongó por tres (Barrasa, c.1647: f.142r).

Ciertamente la decoración y montaje de tales obras generaba la movilización de profesores y estudiantes en un afán de poder presentar lo más ostentosamente posible el escenario del recibimiento. Un testimonio de las exigencias que demandaban tales decoraciones lo ofrece el licenciado Juan Cavero de Toledo, estudiante en el Colegio de San Martín. En una misiva dirigida al padre Juan de Verges, en 1682, Cavero le solicitaba diversos objetos con los cuales decorar uno de los ángulos del claustro del colegio para el recibimiento del Duque de la Palata:

Mi padre Juan, ia avrá tenido vuestra paternidad notisia del enpeño en que está este colegio de recibir a su excelencia por cuia causa se a repartido el colgarlo todo él al cuidado y enpeño nuestro, y a mí me echaron un ángulo y el más principal por ser el segundo por donde a de pasar su exelencia. Hase echo, fuera de traer cada uno láminas, espejos, colgaduras, etc., derrama de veinte pesos y aún dudan, según es el enpeño en que se quieren meter, aiga suficiente. Vuestra paternidad me los remita por ser cosa tan precisa a que no falte nadie ni menos io pudiera faltar por sustentarme de valde el colegio que como mi padre está lejos no alcanza estos lances que se ofrecen tan inexcusables (Archivo General de la Nación. Compañía de Jesús, leg. 183, f.164r)⁴.

Era una práctica bastante común encargar a los estudiantes, y por medio de ellos a sus familias, proveer de los elementos necesarios para la decoración en las ceremonias de recibimiento. Usualmente tales tareas recaían en alumnos pudientes. Miembro de una familia de la élite trujillana, Cavero de Toledo no fue la excepción. Es muy probable que el padre Verges, quien fungía como su preceptor, haya secundado el pedido del joven estudiante, dada la importancia que los propios miembros de la orden asignaban a los recibimientos de las autoridades coloniales.

⁴ El Archivo General de la Nación conserva un extenso fondo documental procedente de los archivos de los colegios de San Pablo, San Martín, Santiago del Cercado y del Seminario de San Antonio Abad, entre otros. Durante años los expedientes se mantuvieron inalterados, y ello permitió su consulta sin mayor dificultad. El año 2002 volví al Archivo para consultar la documentación referida al Colegio de San Pablo y grande fue mi sorpresa al encontrar que los «archiveros» habían alterado todos los expedientes y creado nuevas series documentales con un criterio bastante discutible. Por cierto, aun cuando no pude hallar ninguno de los listados de libros destinados a la biblioteca de San Pablo consultados muchos años atrás, sí confirmé que los propios archiveros no tenían una idea clara de su trabajo y de los principios básicos de la archivística.

El teatro jesuita fue considerado como un poderoso instrumento para moldear la sociedad de acuerdo a los ideales cristianos. Su función moralizante es expresada claramente por Diego de Ledesma, prefecto del Colegio Romano, en un texto escrito alrededor de 1575. Ledesma recomendaba que las obras no debían contener «nada indecoroso o vil» o «un indicio de tales cosas». Sostenía que no debían «herir la moral». El teatro escolar jesuita debía tener por objetivo «vigorosamente inspirar y edificar» (McCabe, 1983, p. 24). Por su parte, el jesuita Pedro Pablo de Acevedo, autor de numerosas obras de teatro escolar en España a mediados del siglo XVI, decía que el drama era «espejo de la vida» y «una escuela de moral» (pp. 24-25). Jacinto Barrasa escribió que del teatro debía desterrarse

[...]como peste de la juventud y de la república, quanto indecente y obsceno se puede ofrecer, o a los ojos, o a los oídos, y quantos actos, o casos no conduxeren e incitaren ya blanda, ya seriamente a lo heroico de las virtudes, y más glorioso de las acciones o sea políticas y religiosas (Barrasa, c.1674: f.140v).

Las representaciones constituían, pues, ocasiones particularmente propicias para infundir ideales cristianos y valores morales tanto en los nuevos gobernantes como en el resto de los asistentes. Aunque no han llegado hasta nosotros los textos de los coloquios representados antes los virreyes, algo se puede decir de sus contenidos. De acuerdo con el testimonio del jesuita Sebastián Amador, la representación organizada para el recibimiento del virrey Toledo en 1569 trató

de la necesidad que esta tierra tenía de reformación, así de costumbres, por estar el trabajo desterrado de los españoles, y el ocio tan recebido, como por el olvido de las ciencias, que parece aver faltado para ellas embarcación en que por acá pasasen (Egaña, 1954-1981, I, p. 352).

Particular predilección parecen haber tenido los jesuitas del Perú, y también de México, en la representación de la vida de San Francisco de Borja, miembro de una familia aristocrática y virrey de Cataluña. La historia de su conversión constituía un paradigmático ejemplo a seguir por los gobernantes. Barrasa señala que al Conde de Salvatierra se le representó precisamente el coloquio de San Francisco de Borja, «que siempre fue y será espejo de armar cavalleros santos, como exemplar esclarecido de todas las virtudes a los maiores señores» (Barrasa, c.1674: f.142r)⁵.

Otras veces las obras servían para exaltar las virtudes del gobernante. En 1661, el virrey Conde de Santisteban fue recibido fastuosamente en San Pablo y las paredes

⁵ Con ocasión del recibimiento del Virrey Marqués de Villena, en 1640, los jesuitas del Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo representaron la comedia de San Francisco de Borja escrita por Matías de Bocanegra. La bibliografía sobre esta excepcional muestra de la dramaturgia ignaciana es extensa. Para un análisis del contenido político y educativo de la obra de Bocanegra, véase Luciani (1993).

del colegio fueron cubiertas con poemas en latín y español elogiando, como era de rigor, al gobernante virreinal. En esa ocasión los estudiantes representaron una obra en la que Marte, el dios de la guerra que simbolizaba las cualidades militares del virrey, y Minerva, la diosa de la sabiduría, competían por la supremacía sobre el corazón del Conde de Santisteban. El conflicto se resolvía con la intervención de una ninfa representando a la Compañía de Jesús, que reconciliaba a Marte y Minerva en el corazón del virrey (Martín, 2001, p. 64).

Además de instruir y elogiar a los gobernantes, el teatro escolar constituía además un poderoso medio de propaganda institucional. Sobre el escenario los estudiantes demostraban el esmero de la educación jesuita mediante la declamación. Barrasa, nuestro cronista por excelencia, sostiene que las representaciones constituían «reseñas» de las «abilidades y gracias» de los estudiantes. El empleo de las artes escénicas era importante para que los príncipes «se... aficionen» al cultivo de las humanidades, reconozcan la labor educativa de la orden y, en consecuencia, concedan su favor y protección.

Que las representaciones no dejaban de producir efectos favorables en los ánimos de los gobernantes lo deja entrever una *Carta Annuua*. El 24 de agosto de 1571, el virrey Toledo y la audiencia fueron agasajados con un coloquio acerca de la sabiduría. El coloquio agradó a todos los asistentes «por ser materia grave lo que se representava, y [...] por ver la gracia con que los estudiantes lo representavan». Por su parte, el virrey dijo que él había visto «cosas muy buenas» en Castilla pero que ninguna le había «quadrado tanto como lo que avía visto aquél día». Además agregó que, al regreso de su visita del virreinato, «abía de procurar se hiziese universidad, para que los estudiantes más se animasen con los grados con que premian a los estudiosos» (Egaña, 1954-1981, I, p. 426). La referencia más allá de su interés anecdótico confirma lo que se sabe por otras fuentes acerca del proyecto de Toledo de reformar la universidad. Específicamente, el virrey se propuso acabar con el control que tenían los dominicos de la universidad. Pero las intenciones del virrey iban más allá. De acuerdo con el jesuita Giovanni Anello Oliva, Toledo pensó confiar las cátedras de la universidad a los jesuitas, aunque el proyecto no prosperó⁶.

Los coloquios convocaban el interés general aun cuando habían sido ideados para ser representados con ocasión del recibimiento de los virreyes. Al coloquio

⁶ «[d]eseó el virrey don Francisco de Toledo dar la universidad y cáthedras della a la Compañía, retiróse desta ocupación con modestia pudiendo con la misma decir que todos los primeros doctores y maestros que se graduaron en ella fueron discípulos de la Compañía como también lo an sido con el discurso del tiempo los que se an graduado en arte y theología» (Giovanni Anello Oliva, «Relación de la entrada y fundación de la religión de la Compañía de Jesús en los reinos del Perú», f.40v-r. Debo el conocimiento de esta referencia a la gentileza de Carlos Gálvez, quien me permitió consultar este manuscrito inédito del célebre cronista jesuita.).

ofrecido en homenaje al virrey Toledo no pudo asistir el arzobispo Jerónimo de Loayza por estar indispuesto. Entonces solicitó al provincial de los jesuitas que realizase una representación privada en su casa. «Agradóle en tanta manera -dice un contemporáneo- que dezían que lo quería enbiar a España a que lo viera el rey» (Egaña, 1954-1981, I, p. 352). El Marqués de Montesclaros quedó tan impresionado por el coloquio a él dedicado que pidió se repitiese tiempo después para homenajear al arzobispo Bartolomé Lobo Guerrero. La repetición coincidió con la fiesta de beatificación de San Ignacio, por lo cual los jesuitas considerando propicia la ocasión para involucrar a la ciudad en la festividad, hicieron el montaje no en el interior del colegio de San Pablo sino en el exterior, en la plazuela de su iglesia

[e]n que con tablados bien dispuestos para las dos cabezas, tribunales, religiones y cavalleros, se repitió tan lucido acto, de que dixo el virrey -bien entendido en la poesía castellana y discreto y capaz en todo- que si cien vezes se bolviese a representar, tantas lo oiera (Barrasa, c.1674: f.142r).

Aun cuando las repeticiones eran la manifestación de la popularidad y prestigio del teatro escolar jesuita, no dejaron de suscitar reparos de parte de los superiores, que las consideraban perturbadoras de la moral y la disciplina eclesiásticas. Al Marqués de Cañete se le ofreció la representación del «martirio de la reyna de Escocia Maria Estuarda». Una vez más la obra agradó al gobernante, quien solicitó que se repitiese en palacio, lo cual se realizó con aprobación de los jesuitas. La noticia llegó a Roma y el general Claudio Aquaviva escribió al provincial del Perú, Juan de Atienza, reprobando su proceder en este asunto. Aquaviva le manifestó que no era «cosa decente» haber aceptado el pedido del virrey ya que no era tarea de los religiosos estar ocupados en hacer montajes teatrales e «instruir» a los actores, más aún fuera de los colegios de la orden. Y para mayor abundamiento, el General le refirió que tiempo atrás la reina Isabel de Valois había hecho un pedido similar a los jesuitas del Colegio Imperial de Madrid, pero que estos se negaron a llevarlo a cabo. «No se maravillará ningún virrey que con él no se haga lo que con la reina no se hizo en la corte» concluye Aquaviva (Egaña, 1954-1981, IV, p. 738).

La tradición del teatro escolar jesuita tuvo un origen europeo. Concebido, escrito y producido por los jesuitas como un ejercicio práctico de expresión literaria, el teatro jugó un importante rol también como medio de propaganda institucional y de instrucción moral. Del conjunto de representaciones escolares, las realizadas con ocasión de los recibimientos de los virreyes en los colegios de San Pablo y San Martín fueron las más espectaculares. Eran manifestaciones de fidelidad áulica pero que también reclamaban de los asistentes el reconocimiento del rol preponderante de la Compañía en el contexto colonial.

Bibliografía

- Barrasa, Jacinto (c.1674). *Historia eclesiástica de la provincia de la Compañía de Jesús en el Perú*. Copia mecanografiada en la Biblioteca Nacional del Perú.
- Bromley, Juan (1953). Recibimientos de virreyes en Lima. *Revista Histórica XX*, 5-108.
- Egaña, Antonio de (1954-1981). *Monumenta Peruana*. 7 vols. Roma: Monumenta Historica Soc. Iesu.
- Luciani, Frederick (1993). The Comedia de San Francisco de Borja (1640): The Mexican Jesuits and the «Education of the Prince». *Colonial Latin American Review*, 2, 1-2.
- Martín, Luis (2001). *La conquista intelectual del Perú*. Barcelona: Casiopea.
- McCabe, William (1983). *An Introduction to the Jesuit Theater*. St. Louis: The Institute of Jesuit Sources.
- Mugaburu, Joseph & Francisco de Mugaburu (1938). *Diario de Lima (1640-1694)*. 2 vols. Lima: Imp. C. Vázquez.
- Simón Díaz, José (1952-1955). *Historia del Colegio Imperial de Madrid*. Madrid: Instituto de Estudios Madrileños.
- Simón Díaz, José (1987). Fiesta y literatura en el Colegio Imperial de Madrid. *Dicenda, Cudaernos de Filología Hispánica*, 6, 527-537.
- Vargas Ugarte, Rubén (1974). *De nuestro antiguo teatro*. Lima: Milla Batres.